

# NEW LEFT REVIEW 136

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2022

## ARTÍCULOS

PRANAB BARDHAN	La «nueva» India	7
CÉDRIC DURAND	Explorando las fronteras del capital	35
MARIO SERGIO CONTI	Tragicomedia brasileña	49
R. TAGGART MURPHY	Los legados de Shinzo Abe	61
PETER WOLLEN	Brecht en Los Ángeles	81
BENJAMIN KUNKEL	Estrategias de la crítica	93
EMILIE BICKERTON	El cine polifónico de Cantet	111

## ENTREVISTA

PIERRE VILAR	La historia en construcción	131
--------------	-----------------------------	-----

## CRÍTICA

JOHN-BAPTISTE ODUOR	Consecuencias de la segregación	147
PATRICIA McMANUS	Travesías atlánticas	161

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



PIERRE VILAR

## LA HISTORIA EN CONSTRUCCIÓN

*Entrevista realizada por Peter Schöttler*

*¿Qué le impulsó a escribir su libro sobre la Guerra Civil española? ¿La política o la historia?*

**N**UNCA SE ME pasó por la cabeza la idea de que el libro pudiera estar «inspirado en la política»<sup>1</sup>. He escrito mucho sobre España, sobre el pasado y sobre el presente, y siempre lo he hecho como historiador; y los españoles, de todo tipo y condición y partidarios de diversas opiniones y en toda situación, se han mostrado agradecidos por ello. Cuando se cumplió el cincuentenario de la Guerra Civil en 1986, se me pidió que escribiera un breve libro de divulgación sobre la misma, lo cual me alegró, dado que me permitía, en el marco de esta ocasión y dentro de los límites estipulados, exponer lo que me parecía útil, en primer lugar, para contar los hechos y, en segundo, para explicarlos a un público, que ahora corre el riesgo de olvidar el acontecimiento o de ahogarse en una bibliografía de escala inaudita. Por supuesto, al haber vivido en España entre 1930 y 1936, viví la guerra española de 1936-1939 como un acontecimiento íntimo y no lo oculto. ¿Me descalifica esto como historiador? Si me pregunto, cincuenta años después, cómo interpreté aquellos acontecimientos en su momento, qué sentí, si me equivoqué gravemente en mis juicios y previsiones, me parece que ello solo puede contribuir a mi capacidad de análisis histórico. Al escribir sobre el Siglo de Oro español o sobre la resistencia a Napoleón tengo más posibilidades de equivocarme que respecto a un episodio que viví en sus inicios y seguí muy de cerca durante su desenvolvimiento.

---

<sup>1</sup> Pierre Vilar, *La guerre d'Espagne (1936-1939)*, París, 1986; ed. cast.: *La guerra civil española*, Barcelona, 2017.

Dicho esto, no quiero eludir el sentido de esa pregunta, porque ello, en efecto, podría sugerir a un lector de mi libro que no tengo ninguna «posición» política, cuando la verdad es que no reivindico en absoluto la total ausencia de elección. Debería ser evidente que no soy «franquista». En mi opinión, la responsabilidad de la guerra, que resultó realmente atroz por muchas razones, recae sobre quienes la iniciaron, esto es, sobre un determinado conglomerado militar alentado por el conjunto de las clases conservadoras, que a su vez se hallaban imbuidas de una imagen congelada de la España tradicional y se mostraban opuestas a toda reforma, religiosa, política o social, ya sea por interés directo –la alta burguesía y los grandes terratenientes– o por una formación ideológica consuetudinaria, como sucedía en las regiones predominantemente campesinas que rendían obediencia al clero. No «condeno» esa España; su existencia se explica históricamente. Pero que pretendiera imponerse por las armas frente a cualquier impulso transformador y se viera arrastrada hacia la fórmula «fascista» triunfante en otros lugares de Europa, eso no me gustó ni cuando viví en España ni en las reconstrucciones históricas que he intentado llevar a cabo.

Lo que más me choca en la reciente historiografía de la guerra española es la tendencia a fingir objetividad como medio de borrar la memoria de las actitudes pasadas. En mi libro me permití ser, si no severo, sí al menos irónico al tratar de lo que podría llamarse la «historiografía neofranquista»: hombres que asumieron altos cargos (en el ejército especialmente) y que durante cuarenta años persistieron en las más descaradas falsedades, juegan ahora a ser «historiadores», sugiriendo una verdad objetiva que afirma lo siguiente: España se dividió en dos bandos de igual buena fe y entre ellos se debe repartir todo por mitades: partidarios, fuerzas, ayudas externas, crímenes. Así pues, ¡olvídemnos el pasado! Esta forma de evitar la asignación de responsabilidades me parece lo contrario a la objetividad. Ciertamente, es importante aportar las cifras, siempre que sea posible, pero ello no debe fomentar la creencia de que las cifras ya están realmente establecidas. Y las cifras no lo son todo: he intentado mostrar que en los «desastres de la guerra», como decía Goya, las formas tanto como las cantidades aclaran las causas y conforman la memoria de los hechos. Es necesario, entonces, cuando es posible, proceder mediante análisis cualitativos, a veces descriptivos, para llegar a las mentalidades. Mi libro es demasiado corto para tener la esperanza de haberlo hecho. Tuve que conformarme con sugerir temas, con abrir caminos.

Es cierto que otro aspecto de mi esbozo puede implicar posiciones «políticas» de otro tipo: es decir, la presentación de las divisiones internas evidentes en el campo republicano. Podemos discutir esto más adelante; por ahora me limitaré a indicar los matices que distinguen el análisis histórico destinado a demostrar una tesis política del análisis político de una situación histórica.

*Usted muestra que los dos bandos de la Guerra Civil presentaban perfiles opuestos, caracterizados en cada uno de los casos por un trasfondo social y cultural particular. ¿Fue un caso de dos naciones en una?*

Confieso que la pregunta me sorprende. No es necesario invocar a Marx para entender que siempre hay «dos naciones en una»: ese es todo el problema de la historia, el problema fundamental de la relación entre las luchas de clases y las luchas entre grupos denominados «nacionales». De hecho, a menudo es una cuestión de «Estados» donde las clases dominantes se esfuerzan por persuadir al conjunto de las clases de su solidaridad fundamental, a pesar de los conflictos de intereses internos. En determinadas condiciones históricas lo consiguen, pero no en todas. Los fenómenos de división y relevo entre las clases sociales, y también los internos a ellas, frente a las amenazas externas, las derrotas militares y la ocupación extranjera, son los asuntos esenciales de la historia. Pensemos en la Francia de 1870-1871 y su situación entre 1935 y 1945.

Ahora bien, en España la situación era más compleja, debido a que al menos dos regiones históricamente integradas en el Estado español – Cataluña y el País Vasco y, en mucha menor medida, Galicia– pasaron en el siglo XX a actuar como cuerpos animados por su propia conciencia nacional. En la ideología oficial del golpe militar –lo que sería el «franquismo»– la fórmula «Una, Grande y Libre» expresaba una visión de España como Estado, legado de los Reyes Católicos, del Imperio de Felipe II y del centralismo borbónico. Pero ello fue contradicho por las nacionalidades en ascenso, como había sucedido antes de 1914 en el antiguo Imperio austriaco. La oposición entre la ideología unitarista del «movimiento» lanzado por los generales y la perspectiva más libremente federal que prevalece en el campo republicano es fundamental para comprender adecuadamente la Guerra Civil. Sin embargo, ante la intervención en el bando del «movimiento» de tropas coloniales, de divisiones italianas y de la aviación alemana, la resistencia republicana pudo apelar, no sin fundamento, a un patriotismo español.

Es cierto que el choque entre la insurrección militar y la resistencia republicana pudo parecer inicialmente un episodio más de la lucha entre «las dos Españas», de las que el poeta Antonio Machado escribió que una u otra «helaba el corazón» de todo españolito que venía al mundo: por un lado, la España «negra», legataria de la Inquisición, por otro, la España «liberal» de 1812, 1820, 1868, 1931, a menudo calificada de «roja», a pesar de su moderación, por su supuesta indulgencia hacia los partidarios de la revolución social. Pero el siglo XX ya no era el XIX. Las dos Españas, que durante mucho tiempo se habían opuesto en torno a la disyuntiva entre el Antiguo Régimen y la Revolución burguesa, se hallaban ahora obligadas, o se veían obligadas, a efectuar una elección social. Ya no era la Revolución Francesa la que se erigía como modelo para una y espantapájaros para la otra, sino la revolución en Rusia, el «comunismo», contra el que el fascismo era el remedio, remedio que además era antiliberal.

Así, las dos Españas de Machado se encontraron en 1936 arrastradas a un terrible juego mundial a tres bandas en el que se hallaban involucradas las brutales pretensiones de los fascistas, un mundo comunista obsesivamente temeroso del aislamiento y las democracias parlamentarias, desgarradas interiormente e incapaces de elegir entre una alianza repugnante y el aislamiento ante una invasión amenazante. ¿Quién podría sorprenderse de que la gran conmoción de julio de 1936 revelara no dos Españas, sino algo más que eso?

*La historiografía tradicional insiste mucho en las divisiones internas del bando republicano y asigna siempre el papel negativo a los gobernantes y a los comunistas. Su juicio es más matizado. En su opinión, ¿qué papel jugó la lucha fratricida de la izquierda en la derrota de la República?*

¿Qué podría calificarse de «historiografía tradicional»? En primer lugar, distingamos entre fuentes e historiografía. Debo decir que muchos de los estudios actuales beben de las memorias de los actores principales, que a menudo son feroces en su tratamiento de sus antiguos compañeros más cercanos, cuidando de justificarse en lo referido a la responsabilidad por la derrota. Estas fuentes revelan más de una cosa útil, pero hay que evitar extraer de ellas afirmaciones de hecho y generalizar a partir de impresiones subjetivas.

En cuanto a la historiografía propiamente dicha, digamos, los trabajos cuyo título es «Historia de...», podemos distinguir de modo pertinente

tres tipos. En primer lugar, las obras declaradamente partidistas. No son ni mucho menos inútiles, cuando revelan cómo querían actuar y ser percibidos los distintos poderes, partidos, corrientes o tendencias. Son muy instructivas, aunque se aplique la crítica clásica, interna y externa. La «Historia del Partido Comunista» es interesante a pesar de su carácter acartonado<sup>2</sup>. Sí, «el Partido siempre tiene razón», ¡pero no es necesario concluir por ello que siempre estuvo equivocado! Por su parte, los inagotables escritos franquistas de la época de la Guerra Civil y del periodo posterior no abordan casi o no abordan en absoluto los problemas internos de su bando; podemos pasar por alto el contenido, aunque no la importancia y el efecto, de lo que alegan contra sus adversarios. Incluyen una gran cantidad de tediosos detalles militares que, sin embargo, pueden ser útiles para los especialistas.

En segundo lugar, nos encontramos con las obras históricas que pretenden construir una demostración política. Aquí hay ejemplos muy inteligentes, como el libro de Broué y Témime, que expone, sin tapujos, el punto de vista del POUM, de afiliación trotskista, o también la obra de César Lorenzo, que ofrece una admirable reconstrucción de la tradición anarquista española y del choque producido por la colisión de los principios afirmados con las exigencias de lo real. En cambio, una obra con pretensiones de erudición como la de Burnett Bolloten, que despliega una bibliografía de varios miles de artículos en apoyo de una tesis anarquizante deleznable, me parece un uso escandaloso de los recursos universitarios<sup>3</sup>. Esa es la única ironía que me permito en mi libro.

Luego están los relatos clásicos de lo que podríamos llamar «la escuela inglesa»: Hugh Thomas, Raymond Carr y sus discípulos, además del estadounidense Gabriel Jackson, que pertenece a la misma corriente, tanto metodológicamente como en espíritu<sup>4</sup>. Creo que han reconstruido

---

<sup>2</sup> Evidentemente se trata de una referencia a una historia oficial del Partido Comunista de España, que no he sido capaz de identificar [PS].

<sup>3</sup> Respectivamente, Pierre Broué y Emile Témime, *La Révolution et la guerre d'Espagne*, París, 1961; César Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir, 1868-1969*, París, 1969; Burnett Bolloten, *La Révolution espagnole: la gauche et la lutte pour le pouvoir*, París, 1977; ed. cast.: *La Revolución española: las izquierdas y la lucha por el poder*, Ciudad de México, 1962.

<sup>4</sup> Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, 1961 [ed. cast.: *La Guerra Civil española*, Madrid, 2018]; Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966 [ed. cast.: *España, 1808-1939*, Barcelona, 1969]; Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton (NJ), 1965 [ed. cast.: *La República española y la Guerra Civil*, Madrid, 2013].

escrupulosamente los hechos. Lo que me parece discutible en su trabajo –y creo que ellos pertenecen al núcleo de lo que usted llama «historiografía tradicional»– es que, siguiendo el viejo estilo de la historia positivista, predominante hasta el día de hoy en las universidades británicas, han trabajado concienzudamente sobre las secuencias políticas, diplomáticas y militares sin intentar integrarlas con la correspondiente situación mundial o con los fenómenos históricos, sociales y psicológicos sin los cuales los detalles políticos y personales del conflicto no pueden entenderse adecuadamente en su dimensión real. Vistas en su conjunto, estas tres categorías «historiográficas» muestran por qué las disensiones en el bando republicano han asumido una importancia desproporcionada con respecto a su impacto real en el resultado de la guerra. Si la historia se reduce a las rencillas personales y a las rivalidades de partido, parecerá normal atribuir sus puntos de inflexión a ambas. En el lado de los insurgentes, la unidad y la disciplina se imponen; demasiada gente ha tenido la tentación de explicar las cosas por el «genio» de Franco. En realidad, los verdaderos «milagros» se produjeron en el bando republicano: la resistencia al golpe militar en las dos capitales más importantes del país, Madrid y Barcelona; las columnas marroquíes detenidas ante Madrid y las italianas en Guadalajara; las contraofensivas de Teruel y del Ebro, y todo ello a pesar de las divisiones existentes por arriba y por abajo, de la ausencia de cuadros intermedios en los inicios del conflicto y de las dificultades de abastecimiento y aprovisionamiento de armas durante el mismo. Ello supuso la presencia de un poderoso espíritu de resistencia en las masas populares y la existencia de determinados núcleos de competencia en el Estado Mayor en la cúspide del Estado, así como la sustitución del canto anarquista en pro del «triunfo de la indisciplina» por el del «¡triunfo de la disciplina!» encarnado en Negrín, la única figura de alto calibre en la política del bando republicano, como lo fue La Pasionaria en el plano del atractivo carismático.

El hecho de que al decir esto yo haya parecido «más matizado» que la mayoría de los historiadores es testimonio del peso de la ideología dominante en Occidente. Se ofrece como prueba que cada error, cada horror, cada fracaso de la época de Stalin debe atribuirse a este «comunismo». Quienes vivieron durante ese periodo y, por consiguiente, tuvieron la oportunidad de calibrar la medida de la amenaza fascista, concluyeron que si ese «comunismo» tuvo efectos desastrosos, lo fue por el obsesivo anticomunismo que prendió en el conjunto de las clases conservadoras de Occidente: antes Hitler que Stalin, antes Franco que La Pasionaria.

Lo escuché mil veces, incluso durante los primeros ocho meses de la Segunda Guerra Mundial (octubre de 1939-mayo de 1940); aquellos que, como mi amigo el historiador Jean Meuvret<sup>5</sup>, decían «no soy comunista pero sí perista», es decir, partidario de los análisis de Gabriel Péri sobre asuntos de política internacional publicados en el diario del Partido, *L'Humanité*, eran la excepción. Ello persistió y persiste incluso ahora. De ahí el asombroso favor mostrado en el caso de España hacia las tesis de anarquistas y trotskistas, o hacia comunistas arrepentidos como Jorge Semprún<sup>6</sup>. En un reciente encuentro en la Biblioteca de Historia Contemporánea de Nanterre, Semprún y el trotskista convertido en operativo de la Guerra Fría, Gorkin, habían organizado una presentación de su visión de la guerra española<sup>7</sup>. Les pedí, bajo palabra, que matizaran sus opiniones, para que la presentación se efectuara a partir de argumentos sencillos y dotados de sentido, basados en la fuerza de los excelentes estudios recientes y también en mi propia experiencia de la Barcelona de la década de 1930. Se habla mucho de Andreu Nin<sup>8</sup>. Bien, pasé dos tardes enteras charlando con él en Barcelona en 1932. Era un hombre digno de respeto y debemos lamentar las circunstancias de su desaparición, pero hacer de él un Lenin, alguien que, en las condiciones de 1936-1937, podría haber cambiado el destino del mundo detonando la Revolución de Barcelona a Lérida, con la ayuda del fusil de Orwell, ¡me arranca una carcajada! O al menos un matiz.

*A pesar de su modesta apariencia, su libro puede leerse también como una pequeña lección de cómo escribir la historia en la línea de la Escuela de los Annales. ¿Cómo se percibe usted en relación con esa tradición historiográfica?*

---

<sup>5</sup> Jean Meuvret (1901-1971), historiador, bibliotecario asistente en la École Normale Supérieure, fue quién primero atrajo la atención de Vilar por la Escuela de los Annales. Véase Jean Meuvret, *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*, edición de Rosa Congost, Barcelona, 1997, p. 71. Sobre la amistad entre Meuvret y Vilar, véase Rosa Congost, *El joven Pierre Vilar, 1924-1939. Las lecciones de historia*, Valencia, 2018, pp. 137 y ss.

<sup>6</sup> Jorge Semprún (1923-2011), comunista implicado en la Resistencia durante la ocupación alemana de Francia, fue arrestado y deportado a Buchenwald en 1944; después de la Guerra, se convirtió en uno de los principales dirigentes del PCE en el exilio; expulsado del partido en 1964, se convirtió en escritor en Francia y posteriormente ocupó el puesto de ministro de Cultura (1988-1991) en uno de los gobiernos de Felipe González.

<sup>7</sup> Julián Gorkin (1901-1987), escritor y trotskista español; durante las décadas de 1950 y 1960 trabajó como funcionario del Congress for Cultural Freedom en París. Véase Julián Gorkin, *Les communistes contre la révolution espagnole*, París, 1978.

<sup>8</sup> Andreu Nin (1892-1935), militante revolucionario español, líder del POUM y ministro de Justicia en el gobierno regional catalán; asesinado por agentes soviéticos del KGB.



No quiero ni negar ni exagerar mis relaciones con lo que actualmente se llama «la Escuela de los Annales». Es necesario indicar con precisión lo que se entiende por esta denominación. Entre 1925 y 1929 asistí a la Universidad de la Sorbona, donde estudiaba para la *agrégation* en Historia y Geografía, dos disciplinas estrechamente relacionadas entre sí. Una parte de la enseñanza de la Historia era tradicional, erudita y aburrida. Pero otras –Glotz y Carcopino sobre la Historia Antigua, Lot sobre la Edad Media, Mathiez sobre la historia de la Revolución Francesa– eran apasionantes y en ocasiones inspiradoras<sup>9</sup>. Sin embargo, me atraía sobre todo la enseñanza de los geógrafos por su planteamiento de los grandes problemas contemporáneos: economía, colonización, civilizaciones lejanas. El primer número de la revista *Annales* apareció en 1929 y me entusiasmó su programa: la denuncia de una historia reducida a los «acontecimientos» y especialmente circunscrita a la planicie de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares; el esfuerzo por plantear los problemas en su plenitud, su totalidad –*économie, société, civilisation*, aunque la fórmula aún no se había propuesto como tal–; y su ligazón con el conjunto de las ciencias humanas, incluida la geografía<sup>10</sup>. Debo señalar que los dos primeros artículos que me pidió Marc Bloch, un medievalista por formación, fueron sobre los ferrocarriles y las carreteras en España, ¡y sobre la economía española del corcho! Esta concepción, a la vez sinóptica y problemática, de una ciencia humana histórico-geográfica, me unió a la revista. Mi relación con ella era la de colaborador-corresponsal. Yo era un admirador de los trabajos de Lucien Febvre, cuya obra *La Terre et l'évolution humaine* (1922) corroboraba la idea de una síntesis histórico-geográfica. Pero hasta el estallido de la guerra en 1939 no tuve ningún contacto personal con Bloch y Febvre<sup>11</sup>.

Mientras tanto, la revista me había descubierto los trabajos de Simiand, el sociólogo económico, y entre 1936 y 1939 descubrí a Ernest Labrousse,

---

<sup>9</sup> Gustave Glotz (1862-1935), especialista en historia de la antigua Grecia, profesor en la Sorbona; Jérôme Carcopino (1881-1970), especialista en historia de Roma, profesor en la Sorbona; director de la École Normale Supérieure (1940-1942), secretario de Estado para la Educación y la Juventud durante el gobierno de Vichy (1941-1942); Ferdinand Lot (1866-1952), historiador medievalista en la Sorbona; Albert Mathiez (1874-1932), especialista en la historia de la Revolución Francesa.

<sup>10</sup> *Economie, société, civilisation*: alusión al subtítulo *marxisant* adoptado por la revista *Annales* en 1946 y reemplazado en 1994 por el de *Histoire, Sciences Sociales*.

<sup>11</sup> Marc Bloch (1886-1944), historiador especializado en la Edad Media, profesor de la Universidad de Estrasburgo y desde 1936 de la Sorbona; confundador junto con Lucien Febvre de la revista *Annales* en 1929; asesinado por la Gestapo en 1944. Lucien Febvre (1878-1956), historiador especializado en la Edad Moderna, profesor en la Universidad de Estrasburgo y desde 1933 en el Collège de France; cofundador de la revista *Annales*.

cuya obra fue decisiva para que mi interés por las cuestiones geográficas dejara paso a mi dedicación a la historia económica, a la investigación de las evoluciones decisivas de las estructuras y las coyunturas económicas como laboratorio de los movimientos sociales, a menudo atribuidos a la «política», y, por lo tanto, para que en mi caso se verificara la esterilización de la historiografía tradicional<sup>12</sup>. En el prefacio de mi *Catalogne dans l'Espagne moderne*, he relatado mi evolución personal y he contado cuánto debo a los cuatro años y medio de cautiverio en un campo de prisioneros alemán para oficiales –reflexión sintética, contacto con economistas, juristas, etcétera–, así como a mi segunda estancia en España, equipado esta vez con una «caja de herramientas mental» más robusta y actualizada. ¿Ese conjunto de herramientas me identifica como miembro de la Escuela de los Annales? Prefiero pensar en la capacidad del grupo, todavía bastante reducido en aquella época, que constituía la Sexta Sección de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, para reunir a historiadores, geógrafos, economistas, etcétera. Quienes me atraían en esa institución, además de Jean Meuvret, eran Febvre, Labrousse y Georges Lefebvre<sup>13</sup>.

Febvre, que tras la muerte de Bloch se convirtió en el líder indiscutido de la Escuela de los Annales, fue para mí un verdadero maestro, si bien un tanto distante. Es a Labrousse a quien debo lo esencial de mi compromiso y de mi método. Tanto si se trata de la idea de la «imputación de la política» que podemos tener hoy en día, como de las relaciones fluctuantes existentes entre la conciencia de clase y la conciencia de cualquier otro grupo, o de las modificaciones de la conciencia de clase antes y después de las revoluciones, es Labrousse el verdadero innovador, el descubridor de fórmulas clarificadoras. Hoy en día Labrousse ha caído en un olvido excesivo en beneficio de Fernand Braudel<sup>14</sup>. Sin embargo,

---

<sup>12</sup> François Simiand (1873-1935), filósofo, sociólogo y economista, alumno de Durkheim, profesor en el Conservatoire National des Arts et Métiers y desde 1932 en el Collège de France. Camille-Ernest Labrousse (1895-1988), profesor de Historia Económica en la Sorbonne, donde sucedió a Bloch y precedió a Vilar; situado en la izquierda de la Escuela de los Annales, supervisó innumerables tesis doctorales notables, incluidos los trabajos más importantes de Vilar; entre sus obras principales se cuenta *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au but de la Révolution*, París, 1944.

<sup>13</sup> Georges Lefebvre (1874-1959), especialista en la historia de la Revolución Francesa, profesor de la Universidad de Estrasburgo y desde 1935 de la Sorbona. Miembro del consejo editorial de *Annales*.

<sup>14</sup> Fernand Braudel (1902-1985), historiador especializado en la Edad Moderna, profesor en el Collège de France y sucesor de Lucien Febvre al frente de *Annales*; presidente de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études y desde 1963 administrador general de la Maison des Sciences de l'Homme de París.

aunque no me permitiría de ningún modo subestimar ni la creatividad institucional de este, ni los préstamos conceptuales legados por él a las ciencias humanas y sociales adyacentes como la literatura, ni su excepcional talento literario y comunicativo, no creo que la obra de Braudel y las orientaciones que ha impulsado en la revista *Annales* hayan tenido el impacto teórico de Labrousse o la importancia innovadora de la misma en sus primeros tiempos bajo la dirección de Bloch y Febvre.

*¿Qué opina de la revista Annales en la actualidad y de la «nueva historia» tal y como la practican Le Roy Ladurie, Veyne y otros historiadores afines?*

También en este caso hay que matizar mucho. Jacques Le Goff ha presentado «la nueva historia» en un volumen lleno de interés y de equívocos a la vez. Él mismo es un historiador notable, como lo fue Georges Duby en su tesis doctoral y sus primeras publicaciones<sup>15</sup>. Pero en su preocupación por llegar al gran público a través de las grandes editoriales y los medios de comunicación, estos hombres de talento corren el riesgo de convertirse en simples figuras de moda. Le Roy Ladurie, habiendo corrido el mismo riesgo a una edad más temprana y con un talento menor, puede ser elegido un día para la Academia Francesa, pero ello señala más bien un criterio negativo<sup>16</sup>. En cuanto a Paul Veyne, ha efectuado un trabajo muy importante sobre ciertos fenómenos sociales de la Antigüedad, afirmando al mismo tiempo, en sus escritos metodológicos, que pretende devolver la historia a la «trama» y al «relato», una tendencia recientemente de moda entre los filósofos, como atestigua el caso de Paul Ricoeur en sus últimos trabajos<sup>17</sup>.

En realidad, lo que resulta interesante en estas modas es la tendencia a utilizar la historia al servicio de manifestaciones ideológicas ya

---

<sup>15</sup>Jacques Le Goff (1924-2014), medievalista, sucedió a Braudel en la École des Hautes Études en Sciences Sociales en 1972, siendo sucedido a su vez por François Furet; editor de la enciclopedia *La nouvelle histoire* (1999). Georges Duby (1919-1996), historiador especializado en la Edad Media, profesor del Collège de France.

<sup>16</sup>Emmanuel Le Roy Ladurie (1929), historiador especializado en la Edad Moderna, profesor del Collège de France, 1973-1999; entre 1987 y 1994 fue administrador general de la Bibliothèque Nationale. Aunque Le Roy Ladurie nunca fue elegido para formar parte de la Académie, Braudel, Duby y Nora se cuentan entre los historiadores mencionados por Vilar que sí lo fueron, al igual que François Furet.

<sup>17</sup>Paul Veyne (1930-2022), especialista en la historia de Roma, profesor del Collège de France, 1975-1999; Véase *Comment on écrit l'histoire*, París, 1971. Paul Ricoeur (1913-2005), en la Universidad de Estrasburgo, posteriormente en la Sorbona y desde 1970 en la Universidad de Chicago; los tres volúmenes de *Time and Narrative* aparecieron en 1984, 1985 y 1988.

superadas pero todavía familiares, como el centenario de la Revolución Francesa o el milenio de Hugo Capeto; o de concepciones de la historia anecdóticas, biográficas, psicoanalíticas y de otro tipo con pretensiones o implicaciones que condenan la «moda marxista» de veinte o treinta años antes. El apagamiento de la obra de Labrousse es muy característico: al ser inatacable por razones científicas, la regla es el silencio.

*En Alemania, su texto más conocido es un artículo publicado en la revista Annales en 1973 contra el filósofo marxista Louis Althusser. ¿Cómo contempla el debate en la actualidad y cuál es, en su opinión, la posible contribución de la teoría al trabajo del historiador?*

Aquí es importante ser preciso sobre la historia concreta y su cronología<sup>18</sup>. El texto fue escrito a petición de Jacques Le Goff y Pierre Nora para una colección de tres volúmenes publicada por Gallimard con el título *Faire de l'histoire*, en la que estarían representadas todas las tendencias metodológicas. Cuando presenté mi texto, Le Goff se mostró muy entusiasmado y me pidió que lo publicara, en su versión más larga, en *Annales*. No tenía motivos para negarme. Sin embargo, cabe hacer tres observaciones. En primer lugar, el texto no estaba escrito «contra» Althusser: era explícitamente un ensayo en diálogo con él. Le mostré a Althusser el manuscrito, al que dio su plena aprobación. «Este es el punto de vista del historiador», me escribió. «El historiador responde a la acusación de que está “cayendo en el historicismo”; y sospecha un poco que yo “estoy cayendo en el teoricismo”; por un lado, el filósofo, por otro, el practicante de la historia; Marx es quizá el único que ha intentado ser ambas cosas; ¡una discusión ciertamente útil!».

En segundo lugar, cuando Le Goff me pidió el artículo para la revista *Annales*, observé que sería la primera vez, que yo supiera, que la revista imprimía el nombre de Althusser, aunque la petición más tercamente insistente que yo recibía, de Atenas a Granada, y de Lima a Berkeley, era «¡Háblenos de Althusser!». Para una revista multidisciplinar de actualidad, ello resultaba paradójico, o quizá, demasiado fácil de explicar. En tercer lugar, podría ser que mi artículo fuera solicitado porque se entendió que estaba, como usted pensó, escrito «contra» Althusser. Pero en realidad creo que *Annales* se alegró de que Febvre y Braudel recibieran el estatus que les corresponde por haber aportado algo

---

<sup>18</sup> En inglés véase Pierre Vilar, «Marxist History, a History in the Making: Towards a Dialogue with Althusser», *NLR* I/80, julio-agosto de 1973.

realmente nuevo a la historiografía. En mi opinión, no tenía nada que decir que discrepara de este planteamiento. Y creo que fue útil para los lectores de la revista ser conscientes de que la reflexión marxista sobre la historia había alcanzado un alto nivel, al mismo tiempo que desafiaba a Althusser a que abordara la obra de Febvre, Labrousse y Braudel de un modo más explícito que mediante una mención de pasada de sus nombres puestos entre paréntesis<sup>19</sup>.

En cuanto al problema general, creo que la historia, como todas las ciencias, necesita fundamentos teóricos para existir. Recuerdo que un erudito miembro de la *École des Chartes* nos dijo que el «feudalismo» es «una idea teórica». «Felizmente», pensé yo, ya que toda ciencia necesita poder elevarse por encima del nivel de la observación por medio de una «idea teórica»; si no, la propia observación se resiente. Esa era la posición de Lucien Febvre, por mucho que, en principio, detestara la «teoría» por el temor a no salir de ella, por el temor a que la teoría fuera un pretexto para evitar el análisis. Su recomendación era proceder por «problemas», pero quien dice «problema» dice «hipótesis» y quien dice «hipótesis» debe referirse a una visión más general de las cosas.

---

<sup>19</sup> Alusión al capítulo de *Lire Le Capital* (1965) que esboza «un concepto de tiempo histórico» en el que Althusser cita de pasada a los historiadores activos en la revista *Annales*, L. Althusser, E. Balibar, R. Establet, P. Macherey y J. Rancière, *Reading Capital*, Londres, 1970, p. 96 [ed. cast.: *Para leer El capital*, Madrid, 2010]. Para una interpretación ligeramente diferente de este pasaje, que también analiza el artículo de Vilar, véase Peter Schöttler, «Althusser and Annales Historiography—an Impossible Dialogue?», en E. Ann Kaplan y Michael Sprinker, (eds.), *The Althusserian Legacy*, Londres, 1993.